

TEMPLO HERMANA TERESA

“El error”

27/09/2025



Bahía Blanca - Patricios 336

Punta Alta - 11 de Septiembre 750

“ El error ”

Queridos hermanos y hermanas, querida comunidad reunida hoy en esta Ceremonia con un mismo espíritu de reflexión,

Las palabras que hoy nos convocan que surge de una frase que Carlos nos compartió y son simples en su forma, pero de un peso profundo en su sentido: “No hagas de tus errores cómplice a los demás.”

Una frase que nos invita a detenernos, a mirarnos con honestidad, a reconocer nuestras faltas y a comprender la gran responsabilidad que tenemos no solo sobre lo que hacemos, sino también sobre lo que provocamos en los demás. Porque los errores, como toda acción humana, no son hechos aislados: arrastran consecuencias, generan ecos, se expanden en círculos visibles e invisibles. Y si no tenemos cuidado, podemos terminar involucrando, arrastrando o lastimando a quienes nos rodean, convirtiéndolos en cómplices involuntarios de lo que nace en nuestra propia debilidad.

Errar es humano. No existe ser humano que no haya tropezado, que no haya equivocado el camino, que no haya dicho o hecho algo de lo cual después se arrepienta. El error forma parte del aprendizaje de la vida. Es, en cierto modo, un maestro silencioso

que nos recuerda nuestra fragilidad y al mismo tiempo nos impulsa a mejorar.

Sin embargo, entre reconocer que el error es parte de nuestra condición humana y hacer de él una bandera, hay una diferencia abismal. Una cosa es aceptar que nos equivocamos, aprender de ello, pedir disculpas, porque “Dios” es quien perdona todo y seguir adelante con humildad. Otra muy distinta es justificar el error, normalizarlo, repetirlo y, peor aún, involucrar a otros en él, haciendo de nuestro tropiezo una cadena que atrapa a quienes nada tenían que ver.

Cuando alguien miente y pide a otro que sostenga esa mentira, lo convierte en cómplice de su falta. Cuando alguien actúa con injusticia y espera que otro lo encubra, lo arrastra hacia una responsabilidad que no le corresponde. Cuando alguien toma decisiones dañinas y busca respaldo en su entorno, está repartiendo su error como si fuera un botín envenenado.

Ese es el peligro: que un error personal se convierta en una carga compartida que ensombrezca no solo al que lo comete, sino también a quienes se dejan atrapar en esa telaraña.

Hay un gesto que revela la madurez de un alma: asumir en soledad el peso de los propios errores. Reconocer: “Esto fue mío,

yo me equivoqué, y soy yo quien debe enfrentar las consecuencias.”

En la vida, muchas veces buscamos justificarnos o encontrar culpables externos: el contexto, las circunstancias, la influencia de otros. Y es cierto que nada ocurre en un vacío, que estamos atravesados por historias, heridas y presiones. Pero también es cierto que cada uno es responsable de cómo responde.

El verdadero crecimiento espiritual no consiste en no equivocarse nunca, sino en tener la valentía de mirar de frente los propios fallos, sin disfrazarlos ni repartir culpas. Esa valentía es la que nos libera, porque cuando cargamos lo que nos corresponde sin traspasarlo a otros, abrimos el camino a la redención, al perdón y a la transformación.

Cuando transformamos nuestro error en algo compartido, no solo lo multiplicamos, sino que lo hacemos más difícil de corregir.

Un error aislado puede enmendarse: se pide disculpas, se repara el daño, se aprende. Pero un error compartido se convierte en un entramado complejo. Ya no es solo nuestra equivocación: ahora está tejida con la complicidad, el silencio o la acción de otros. Y cuanto más se multiplica, más difícil resulta desarmarlo.

Es como si una piedra arrojada en el agua no generara una sola onda, sino un oleaje creciente que arrastra todo a su paso. Lo que comenzó siendo una falta personal, se vuelve una tormenta que involucra a familiares, amigos, compañeros de trabajo, incluso comunidades enteras.

Y aquí está la gran advertencia: no hagas de tus errores cómplice a los demás. Porque el error compartido deja de ser una oportunidad de aprendizaje para convertirse en una herida colectiva.

¿Por qué buscamos a veces arrastrar a otros a nuestras faltas? Porque la soledad del error duele. Porque la conciencia pesa. Porque es más fácil creer que “todos lo hacen” que aceptar que yo estuve mal.

El ser humano tiende a refugiarse en la multitud. Cuando nos equivocamos, buscamos justificaciones, buscamos aprobación, buscamos minimizar la gravedad diciendo: “Si todos lo hacen, entonces no está tan mal.” Pero esa lógica es peligrosa. Lo que está mal no se convierte en bien solo porque muchos lo hagan. La verdad no se mide en votos ni en consensos: la verdad brilla por sí misma, aunque sea sostenida por una sola persona.

Desde la perspectiva de la Fe, el error no es una condena eterna. Es una oportunidad de arrepentimiento, de perdón y de

conversión. Pero para que ese proceso ocurra, necesitamos sinceridad y humildad.

Cuando arrastramos a otros a nuestro error, no solo cargamos con nuestra falta, sino que además obstaculizamos el camino del otro hacia su propia integridad. Es como si al caer en un pozo, en lugar de buscar salir, tiráramos de alguien más para que se hunda con nosotros. Eso no es amor, eso no es fraternidad, eso no es Fe: es miedo disfrazado de compañía.

La Fe verdadera nos invita a la transparencia: a reconocer nuestras sombras sin miedo, porque la luz de lo divino está siempre dispuesta a iluminar y transformar. Pero esa luz requiere que nos presentemos con autenticidad, no escondidos detrás de excusas o de otros rostros.

No se trata aquí de quedarnos en la culpa. Al contrario: se trata de mirar el error con realismo, pero también con esperanza. Porque todo error puede transformarse en semilla de aprendizaje si lo enfrentamos con humildad.

El mensaje esperanzador es este: ningún error nos define para siempre. Lo que nos define es lo que hacemos después de equivocarnos. Y si decidimos cargar con nuestra responsabilidad sin arrastrar a nadie más, entonces habremos dado un paso gigantesco hacia la madurez espiritual.

Permítannos contarles una historia que ilustra este mensaje.

Había una vez un joven llamado Mateo que trabajaba en un taller de carpintería. Era hábil con las manos, pero a veces la impaciencia lo llevaba a cortar la madera de forma apresurada. Un día, mientras fabricaba una mesa para un cliente importante, midió mal y cortó una de las piezas más costosas. El error era evidente, y el cliente lo notaría al instante.

Con miedo de ser reprendido, Mateo pensó en culpar a su compañero Julián, quien había trabajado con él esa mañana. Podría decir que Julián fue quien cortó la pieza, y así quizás se libraría del problema.

Pero en ese instante, Mateo recordó las palabras de su abuelo: “Los errores son maestros, no cadenas. Pero si los haces cadena, también atan a los demás.”

Mateo respiró profundo y decidió enfrentar al maestro carpintero. Le dijo la verdad: que había cortado mal la madera por apuro, que era su error y que aceptaba las consecuencias.

El maestro lo miró con severidad, pero también con respeto. Le dijo:

—Has perdido una pieza costosa, y tendrás que trabajar horas extra para reponerla. Pero has ganado algo mucho más valioso: has salvado tu integridad y la de tu compañero.

Desde ese día, Mateo aprendió a trabajar con más calma, y se convirtió en un ejemplo en el taller. Porque su error, en lugar de convertirse en una cadena que atara a otros, se transformó en una lección de honestidad y responsabilidad.

Hoy queremos invitar a cada uno de ustedes a reflexionar:

¿Qué errores he cometido últimamente?

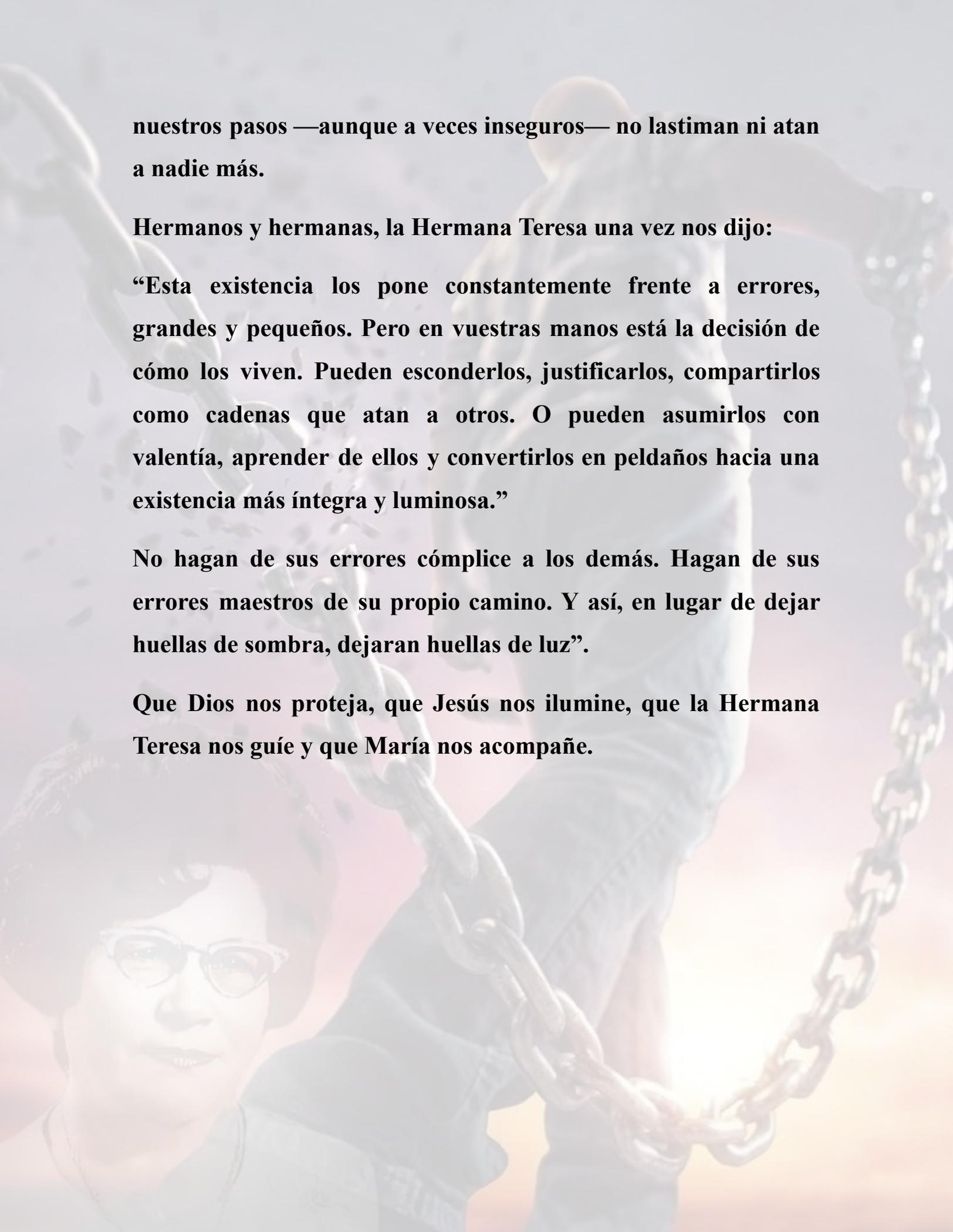
¿He intentado arrastrar a otros para justificarme?

¿O he tenido la valentía de asumir lo que es mío?

Recordemos: no somos perfectos, ni se nos pide serlo. Lo que se nos pide es ser sinceros, responsables, y sobre todo, respetuosos de la libertad y la integridad de los demás.

Que cada error que cometamos sea un maestro personal, no una cadena compartida. Que cada tropiezo sea una oportunidad de crecer, no un lazo que arrastre a quienes amamos.

Si vivimos así, con responsabilidad, con Fe y con esperanza, entonces podremos caminar con la frente en alto, sabiendo que



nuestros pasos —aunque a veces inseguros— no lastiman ni atan a nadie más.

Hermanos y hermanas, la Hermana Teresa una vez nos dijo:

“Esta existencia los pone constantemente frente a errores, grandes y pequeños. Pero en vuestras manos está la decisión de cómo los viven. Pueden esconderlos, justificarlos, compartirlos como cadenas que atan a otros. O pueden asumirlos con valentía, aprender de ellos y convertirlos en peldaños hacia una existencia más íntegra y luminosa.”

No hagan de sus errores cómplice a los demás. Hagan de sus errores maestros de su propio camino. Y así, en lugar de dejar huellas de sombra, dejen huellas de luz”.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.